

agitadas y revueltas al estallar en espuma sobre las playas fronteras del Lido.

Al descender del observatorio ideal visitamos la Iglesia de San Marcos, el suntuoso vestíbulo, el estupendo interior, mezcla fastuosa del estilo romano, bizantino y gótico, formada del aluvión de mármoles y bronce, columnas y capiteles, cuadros y alhajas que, tras las reliquias del Santo venidas de Alejandria, los venecianos trajeron de Oriente y Occidente para enriquecer el templo portentoso de las cinco cúpulas.

Y nos adentramos en el *Palazzo Ducale*. Desde que se penetra por la *Porta della carta* hasta que se desciende por la *Scala dei Giganti* pesa sobre el ánimo la magnífica grandeza de aquella Venecia que el *Tintoretto* representó, en la Sala del Senado como la reina y señora del Adriático reclinada en el trono de su majestad donde tritones y nereidas le ofrendan en homenaje perlas, nácares y corales; de aquella Venecia cuyo triunfo sobre el mundo entero inmortalizó el *Veronès* en la Sala de los Consejos. De aquellos Dux poderosos y magnificentes que al triunfar en la elección, de las conspiraciones y las luchas, de las caretas y de los puñales, prestaban solemnemente su *promissione* y celebraban ante los deslumbrados ojos de la multitud, el matrimonio simbólico

